

13.-MARÍA SOLEDAD GARCÍA GARRIDO-PUÑADOS DE SAL

Hoy he vuelto a tragarme un puñado de sal. Ha sido un rato antes de llamar a su puerta. Hablaba con su mujer y he tenido que esperar. Todos sabemos cuándo habla con ella, por el tono más que nada. Y porque siempre, antes de colgar, le dice que la quiere mucho y que no sabe a qué hora va a poder librarse de la montaña de papeles que se alza sobre su mesa. Después de revisar el correo, lo que hace a primera hora, reparte los papeles por las mesas y le manda a Toñi que le pase la bayeta a la suya. Le gusta que el despacho huela a *cristasol* y lo ventila cada vez que se va una visita.

Cuando ha terminado con lo de *te quiero* y el rollo que se gasta de la montaña, me he atrevido a golpear con los nudillos. *Pasa, Isabel*, me ha dicho. Me he quedado plantada enfrente, de pie, porque le molesta que nos tomemos la libertad de sentarnos sin que nos haya invitado antes. Supongo que todo esto ha sucedido sobre las diez de la mañana: la mesa ya brillaba y se reflejaba sobre ella el fluorescente. *Tú dirás*. A la vez que me ha dado la palabra ha clavado los ojos en mis piernas para comprobar que llevo puestas las medias de seda que me regaló el mes pasado. Me tiran de la entrepierna y no hago otra cosa que ir al aseo para subírmelas, pero no me atrevo a desobedecer sus órdenes, no vaya a ser que se cabree y empiece con que no presto atención, que me he equivocado al enviar un *email* o que tardo demasiado en redactar un escrito, y me pase como a Natalia, que de la noche a la mañana la puso de patitas en la calle.

Le he pedido el viernes. Aún no he disfrutado de las vacaciones y, como ese día tiene mi niño la función de Navidad, he pensado que no me pondrá reparo. Pero con este hombre nunca se sabe. Se me amontonan trozos de sal en la boca cada vez que entro al despacho. Me empiezan a cristalizar entre las encías y el paladar, y no me permiten articular palabra. Por eso, cuando me ha respondido que el viernes tenía pensado hacer el balance de fin de año, a pesar de que yo lo tenía apuntado para el lunes siguiente, no he sabido contestar.

No es que tenga fijación conmigo, ni mucho menos. En realidad, es así con todas. Mi error fue presentarme a la entrevista de trabajo con una falda, una que me había comprado en Zara y que me pareció superbonita. Me pidió que paseara por el despacho y ya aquello me pareció bastante extraño. Yo mientras tanto le iba recitando todos mis cursos de *office*, el máster en recursos humanos y el nivel avanzado en inglés por la Universidad de Cambridge. No dudó en contratarme con

PUÑADOS DE SAL

la condición de que fuera a trabajar con falda, que tenía las piernas muy bonitas. Pensé que se trataba de una broma y, con tal de trabajar, se me escapó una carcajada.

A Manolo no le digo nada de los regalos de mi jefe. Medias y más medias. Parece que las colecciono. Me lo callo porque sé que se va a enfadar. Es como si él viniera contándome que Patricia, su compañera, le elige las corbatas. Pues maldita la gracia que me haría. Estoy contenta porque dice que el mes que viene le pagan la productividad y, la verdad, con ella le vamos a dar un zarpazo a la hipoteca. Mi jefe ha propuesto a Manuel, el de contabilidad, para el puesto que ha dejado Jesús, que se jubiló el mes pasado. No entiendo muy bien por qué lo ha hecho, cuando soy yo la que repasa al final las cuentas, pero me alegro por él, porque su mujer está en el paro y, con tres niños, trescientos euros más se notan.

Llevo toda la mañana dándole vueltas. No quiero perderme la función del niño. Lo mismo llamo el viernes y le digo a mi jefe que no me encuentro bien. No lo he hecho nunca, pero es que lleva el pobre tanto tiempo preparándose para hacer de San José, que me daría una pena horrible fallarle de esa manera. Manolo me ha dicho que él no se lo pierde y que lo va a grabar en vídeo. Solo de pensar en que no puedo ir, ha vuelto la sal. Unos pegotes que casi no puedo tragar. Desde luego se acabaron las faldas y los rizos. Si quiere echarme, que me eche. Ya no le voy a aguantar más tonterías. De hecho, ahora mismo vuelvo a su despacho.

He pedido permiso para entrar. Debo haber pegado bien fuerte, porque me ha oído a la primera. ¡Cómo brilla la mesa! Y se lo he soltado de golpe. Tengo derechos a mis vacaciones y no pienso perderme la función de mi niño. Me ha mirado y ha sonreído. Me ha dicho que vale, que haga lo que quiera, pero que el lunes sin falta quiere el informe. Le he contestado que por supuesto. El lunes tendrá en su mesa el maldito balance. Pienso estrenar unos pantalones de tiro alto preciosos que estaban en oferta. Vaya que si los estreno el lunes. Cuando he vuelto a mi mesa, me sabía la boca a mar, pero el regusto me ha parecido un sabor de otro tiempo. He enganchado las medias con la grapadora y les he hecho una carrera tremenda. En cuanto llegue a casa, las tiro a la basura.

MARÍA SOLEDAD GARCÍA GARRIDO